

**N**O salgo de mi asombro cuando al concluir la serie que Televisión Española ha ofrecido los últimos domingos sobre «el 98», se haya omitido la gesta que el general Vara de Rey al frente de un puñado de patriotas protagonizara en la larga jornada del primero de julio. La duración de la serie, e incluso los asuntos tratados en la misma, no justifica su omisión, corroborando aun más la injusticia que se ha cometido hacia los televidentes en su derecho a ser fielmente informados, y principalmente hacia los héroes del Caney, que con su sangre escribieron una de las páginas más gloriosas de la Historia de España. El noble, heroico y desinteresado sacrificio de aquellos soldados mereció la admiración y respeto del enemigo, y como mínimo el reconocimiento del pueblo español cuyo honor preservaron.

Como descendiente directo y como español me siento obligado a narrar en breves líneas aquel acontecimiento para orgullo de todo aquel que se considere español. Los datos han sido recogidos del trabajo, aún inédito, realizado por mi padre, general de Caballería don Carlos Martínez-Vara de Rey y Teus.

El Caney era un caserío de no mucha importancia, situado en una eminencia sobre el camino de Santiago. Las pocas casas se agrupaban en torno a la plaza y a la iglesia. Era una posición dominada por las estribaciones de Sierra Maestra, y por ello insostenible contra la artillería. Sus únicas defensas eran unos blocaos de madera y un fuerte de piedra llamado «El Viso».

Allí se encontraban los hombres del general Vara de Rey: 419 soldados del Regimiento de la Constitución, 40 del de Cuba y 90 de diferentes agrupaciones, armados sólo con fusiles, sin artillería ni ametralladoras. Frente a ellos, 6.654 soldados norteamericanos, 400 cubanos, un globo cautivo de ingenieros y una batería de artillería.

El 1 de julio, a las 6 de la mañana, se inició el ataque. Transcribimos la relación que, de estos momentos, hizo el capitán Wester, oficial del ejército sueco, agregado militar de Suecia y Noruega en Washington, presente en la acción: «Hacia las seis de la mañana comenzó el fuego de las trincheras españolas; de improviso se descubre sobre ellas una línea de sombreros de paja; inmediatamente el ruido de una descarga seguida de la desaparición de los sombreros. Esta ope-

## EL GENERAL VARA DE REY Y LOS HÉROES DEL CANEY

Por Carlos MARTÍNEZ-VARA DE REY NOVALES

ración se repite cada minuto, observándose gran regularidad y acción de una voluntad firme, lo que no deja de producir una profunda impresión en la línea de exploradores americanos que se quedan perplejos al observar cómo su general, sable en mano, infunde ánimo a sus hombres recorriendo las trincheras desafiante a las balas (...) Mientras el fuego de la infantería aumenta progresivamente, la batería americana comienza a disparar (...) A los pocos momentos las granadas estallan por encima de las trincheras, alcanzaban las casas del pueblo y perforaban los muros de El Viso, mas a pesar de ello, en el fuego español se observa igual continuidad e igual violencia».

A pesar de lo nutrido del bombardeo, las unidades atacantes se encontraban detenidas sin lograr rodear el pueblo, sufriendo cuantiosas bajas. A las diez de la mañana, ya con dos horas de retraso sobre lo previsto, han de entrar todas las reservas enemigas en acción, recibiendo incluso más refuerzos. Pero todos los ataques son rechazados. El general en jefe americano piensa seriamente en abandonar el intento sobre El Caney; de hecho, en aquel momento la dirección del combate no estaba en las manos de Lawton.

A las 3:30 de la tarde, una brigada se lanza al ataque sobre El Viso; pero queda detenida otra vez al pie de la colina, y no invade el fuerte hasta después de un segundo y violento ataque. Una hora después logran entrar en el pueblo. El periodista cubano José de Armas, que luchó con los insurgentes, describe así los instantes: «¡Qué escena tan terrible la de aquella lucha en El Caney! De trinchera en trinchera, de casa en casa, los españoles se defendían como leones. La idea de rendirse jamás pasó por la mente de su jefe. Los que estaban en El Caney debían vencer o morir».

Eran más de las 4 de la tarde, después de diez horas de reñida lucha, cuando un puñado de españoles abandona El Caney con los heridos transportados en acémilas, llevando en una camilla al general Vara de Rey con las dos piernas atravesadas por las balas. Pero fueron cercados por los enemi-

gos, que les hicieron una descarga a bocajarro, matando al general español. El periódico cubano «La Voz de Matatán» lo relataba así en la época: «En aquel día, aquel gigante vio la destrucción de cuanto podía serle más

grato en la existencia: su familia [pues murieron a su lado un hermano y un sobrino], su bandera, el poder de su Patria. Mas ni un instante se abatió su espíritu de acero. Herido dos veces, rodeado apenas de sesenta hombres, resto último de sus tropas, se incorporó en la camilla para decir: "Fuego, muchachos"».

«La tercera bala vino entonces a cortar su existencia. Cayó como un titán dominado por la muerte, pero todavía le quedaron fuerzas para incorporarse por última vez y, con los ojos vidriados por la agonía, ahogándose en su sangre, levantar su espada como saludo militar a la Gloria y gritar de nuevo: "¡Fuego, y viva España!"».

La defensa de El Caney, junto con la también heroica de San Juan, detuvieron al enemigo, causándole una enormidad de bajas y restándole moral. En las filas americanas no se volvió a hablar de la «inferioridad de la raza española». Hubieron de desistir de tomar la plaza de Santiago por tierra, confiando su rendición al bloqueo naval. El senador Henry Cabot Lodge, en su libro «Guerra con España», escribe: «Los cañones abrieron fuego a las seis treinta de la mañana. Necesitaron diez horas para tomar la plaza. Los españoles no tenían artillería. Encerrados, desesperados y casi sitiados como estaban, parecían estar en lo mejor y se batían con tan tenaz coraje e indiferencia para el peligro que recordaban la defensa de Zaragoza y Gerona».

El general Shafter notificó al comandante militar de Santiago la muerte de Vara de Rey, y el día 4 de julio dispuso su entierro con las máximas honras militares correspondientes a su categoría en el cuadro de honores norteamericano. Posteriormente, por gestiones realizadas por el Gobierno español, fue exhumado y trasladado a España junto con los restos del general Santocildes y de Eloy Gonzalo, héroe de Cascorro.

Como conclusión para terminar, dejemos hablar al oficial nórdico que presenció los hechos, el capitán Wester: «¡Dichoso el país que es tan amado de sus hijos...! Ah, sí, ¡viva España! ¡Viva el pueblo que cuenta con tales hombres!».